



## CARTA SEGUNDA.

MUY Sr. mio.—Supongo á V. impaciente por ver llegar al poeta *Roca* al puerto de salvacion: fuélo para él la botica de D. Vicente Cervantes, donde tomó un vaso de alipús, abrazó á sus amigos, estrechó mas ahincadamente á su querido *Beristain*, á quien mostró la pena que le afligia sobre toda ponderacion, y era el temor de que lo *capasen* los insurgentes, pues ya corrian malas nuevas de que lo sabian hacer á maravilla; bien que por entonces no habia mostrado su rara habilidad en esta ciencia *José Vicente Gomez*, como despues lo acreditó, dejando á un pobre boticario de Puebla mas lucio y gordo que un gato de rectorio, de lo que todos se alegraron, menos su esposa. *Roca* conoció que no habia nacido con las disposiciones de *Garcilaso*, ni de *Ercilla*, que tan bien tocaban la lira de *Apolo*, como vibraban la espada de *Mavorte*, sino con las de *Horacio Flaco*, que espantado con el ruido de las espadas de los legionarios de *Roma* en la batalla de *Filips* se estremeció, regresó á la capital del mundo antiguo, y se dedicó á cantar las virtudes de *Augusto* aunque adulándolo bajamente; de este mismo modo obró nuestro hombre, y acreditó

con el canto de las ruinas de *Zitácuaro* que tenia númen, belleza y fuego para pagar la gracia de *Calleja* que desde entonces lo hizo su consultor, y dispensó todo favor para obrar contra los americanos.

### LLEGA MORELOS A CUAUTLA Y ESPERA AL EJERCITO ESPAÑOL.

Encontró *Morelos* en *Cuatla* á D. *Victor Bravo* con alguna tropa, despues de la accion de *Venta de Chalco*, y pensaba pasar á *Izúcar* á aguardar allí al ejército español, confiado en las ventajas del local, en la abundancia de sus contornos, y en el amor á la independenciam de sus habitantes, amor que jamas desmintieron; pero los *Bravos* influyeron en que permaneciese allí. Eran pasados tres dias de descanso, y dada la orden á *Galeana* para que marchase con su division al pueblo de *Ameca*, á cuyo efecto tenia enfardados los útiles de la tropa, cuando se avisó por el capitán *Larios*, que llegó la mañana del 17, de que *Calleja* estaba en camino para *Cuatla*.

Hasta aquí le habiamos dejado en el esterquilinio de *S. Lázaro* tomando olfatorios de no muy grata esencia, de aquella materia que segun yo pienso, para los dioses no es muy buen incienso: Sigámoslo ya en su marcha espaciosa; mas antes observemos que dada contraórden á *Galeana* para que suspendiera su marcha, se le mandó parapetar en la villa. Encargóse de la fortificacion de la plaza de *S. Diego*: confiósele la de *Sto. Domingo* á D. *Leonardo Bravo*, y la de *Buonavista* á D. *Victor Bravo*, y coronel *Matamoros*: trabajóse sin intermision dia y noche: el incansable *Galeana* salió con su escolta á reconocer la fuerza enemiga, con la que se batió su descubierta, regresando á avisar de lo que habia observado. Quiso *Morelos* ir en persona, pero *Galeana* se le opuso; persistió en ello, y hallando mayor resistencia en un hombre que le cuidaba como á su padre, *Morelos* recurrió á la astucia y lo engañó diciendole: *déjeme V., Galeana, solo voy al Calvario á reconocer con mi antejo al enemigo. . .* Efectivamente, marchó con su escolta, y *Galeana* temiendo mucho por el arrojode *Morelos*, puso vigilancias en las torres para que le observasen, y



él se aprestó para seguirlo en su socorro; no se engañó en su cálculo. Calleja había emboscado en los corrales de los costados del camino gruesas partidas con un cañon, las que luego que divisaron á Morelos salieron á batirlo y envolverlo: empeñóse una cruda lid, Morelos se vió desamparado de su escolta puesta en dispersion teniendo en derredor de sí apenas unos cuantos; no por eso perdió el ánimo: hizo fuego con sus pistolas: vió muerto cerca de sí á un andaluz llamado el tío *Curro*, á quien amaba mucho por sus dichos y sincero corazon, y mandó que recogiesen su fusil... *para que no se pierda todo* (fueron sus palabras.) Retiróse como un leon bizarro guardando un continente magestuoso.... *Muchachos* (decia con flema) *no corran, que las balas no se ven por la espalda.... mas honroso me es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo: el que quiera que me siga.* Observado esto por los vigías de las torres, gritaban sin cesar.... *¡que nos cojen al general!* Entonces voló á su socorro Galeana alborotándose todo el campo que queria hacer lo mismo: llegó á buen tiempo; empeñóse una accion fuertemente, y en ella hubo muertos por ambas partes; dos tuvo Morelos, un soldado, y el Curro que pereció por mal ginete, y porque se empeñó en acompañarlo: moribundo ya, fué pasado por las armas; los costeños se cegaron tanto en defensa de Morelos que muchos arrojaron su fusil, y se fueron al enemigo al machete, ó como ellos decian.... *al jierro.* El gusto del recobro de Morelos fué proporcionado á la pesadumbre que tuvo su ejército mirándolo en peligro; Galeana lo abrazó, y uno y otro se enternecieron haciéndose reconvencciones cariñosas: la patria se interesaba en la conservacion de entrambos, y debieran economizar sus vidas. ¡Ojalá y que aun gozaran de ellas en el seno de una nacion que nunca debe echar en olvido hechos tan hazañosos! Calleja campó aquella tarde en el *Guamuchilar*. A la mañana siguiente se notó que Calleja levantaba el campo, y se aprestaba para dar ataque general. Morelos mandó que nadie se moviese, sino que cada uno ocupase los puntos á que estaba destinado, y dispuso que *D. Francisco Ayala* campase con la caballería de su mando en la loma de Zacatepeque, con orden de que cuando viera mas empenada la

accion cargase sobre el enemigo por la retaguardia; providencia que no tuvo efecto; pues como aquella tropa estaba mal armada, y era gente sin disciplina, cuando quiso obrar fué facilmente dispersada por una partida de dragones del rey, y puesta en fuga.

Serian las siete y media de la mañana (miércoles 19 de febrero de 1812) cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traia la artillería en el centro, y su caballería cubria los costados: sus cañones graneaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de furor nada comun en aquellos soldados. Calleja se habia quedado á retaguardia en su coche, y parece que tenia por tan seguro el triunfo, que no creia que necesitase montar á caballo. Las harpías de su ejército, es decir aquellas vilísimas rameras que lo acompañaron en sus expediciones de Tierradentro, ocupadas en desnudar los cadáveres, cual aves de rapiña ó aleones que se lanzan sobre la presa, fueron de las primeras en presentarse al ataque con una animosidad desconocida en su sexo; mas en breve encontraron la muerte; aguardóse aquel enjambre de asesinos con serenidad; los americanos respondian á sus fuegos pausadamente, y todos se propusieron emplear bien sus tiros certeros lanzados desde los parapetos. Dirigiéronse por la calle real, en derechura á la trinchera de la plaza de S. Diego, donde desengancharon las mulas de la artillería y formaron con ella batería; asi como la tropa en batalla colocándose á medio tiro. Entónces se separó de las filas un coronel á batirse con Galeana que estaba en frente: este salió del parapeto á encontrarlo.... *¡ah! pícaro* (le dijo el orgulloso español) *á tí te buscaba;* disparóle luego una pistola, y Galeana su carabina con que lo clareó, le quitó las armas, le tomó por un pié, lo metió arrastrando dentro de trinchera y mandó que un confesor lo auxiliase. Díjose que era Zagarra, oficial de artillería. La tropa enemiga, testigo presencial de este suceso, enmudeció como atónita y avergonzada; tanto la impuso este brio, digno de los siglos de Roma. Apareció un coronel muy luego dando sus órdenes y llevando un tambor á lado. Galeana mandó á cinco hombres que le hiciesen fuego; cayó del hermoso alazan que montaba: abrazáronlo los suyos y se lo llevaron todavía vivo; díjose allí que era el coronel



Rul, hombre digno de mejor suerte. \* Entónces comenzó á avanzar la tropa española haciendo fuego con todas armas hasta agarrarse mutuamente los fusiles. Viendo tanta energía en los americanos, se retiraron á medio tiro, y volvieron á la carga con doble furor: los indios honderos, colocados detras de la tápia de S. Diego, descargaron un nublado de pedrea que no les daba punto de reposo; ya entónces perdieron la primera formacion que traian y se subdividieron en trozos por todas las casas del pueblo, que barrenaron ejecutando en las personas inermes, mugeres y niños que encontraron en ellas, las mayores crueldades, como lo indicaron sus cadáveres hallados despues de la accion; por tanto, Galeana y sus soldados quedaron reducidos á solo las trincheras, y ademas lo flanquearon penetrando por una tienda inmediata á la contratrinchera de la calle real. En este conflicto destacó á su sobrino D. Pablo Galeana para que los contuviese, como lo hizo, arrojándoles granadas de mano y disparando el cañoncito Niño, que Morelos mandó poner en la azotea de la casa por donde habian penetrado. Este general se hallaba situado en una casa en la plaza de Santo Domingo, que mira al Occidente, plaza que como ya se ha dicho, estaba á cargo de D. Leonardo Bravo.

A pesar de todas estas ventajas, no faltó un malvado que en el cementerio de S. Diego esparciera la voz de que se habia perdido la plaza de Galeana, por lo que salió agolpada la gente en el mayor desórden con direccion al centro. Creyóla Larios que estaba con su compañía y un cañon sosteniendo el fuego en el callejon de S. Diego á un costado de Galeana; y así es que retiró el cañon de la batería, y él caminaba con rapidez á buscar un asilo. Súpolo Galeana, y montando á caballo, espada en mano, hizo á sablazos que ocuparan sus puestos los que los habian abandonado; ni volvió él al suyo hasta que no vió á toda su gente en batería. Esta voz falsa de alarma produjo tambien fu-

\* Le ví pasar para el ejército el 12 de febrero á las once y media de la mañana, acabado de salir de oír una misa que se cantó en la iglesia de capuchinas por su salud; lo ví, repito, y con cierto dolor porque le amaba, yo presenté su desgracia, era bueno, y *estos mueren*.

nestos efectos en otros puntos, pues afectados de pavor sus defensores abandonaron la artillería, y la plazuela de S. Diego casi quedó escueta; solo se vió en ella un muchacho de doce años llamado Narciso: vínose sobre este un dragon que le tiró un sablazo y le hirió un brazo; no tuvo este niño mas efugio que afianzarse con una mano de un palo de la misma batería y con la otra tomar la mecha que estaba clavada en el suelo, dió casi maquinalmente fuego al cañon, que disparado en el momento mas oportuno mató al dragon que le acababa de herir y contuvo al enemigo que avanzaba rápidamente. Con tan fausto é inesperado suceso, volvió á su puesto Galeana, y quedó restablecido el órden. Despues de la accion, Morelos hizo que le llevasen á aquel jovencito á quien asignó una pension de cuatro reales diarios, que percibió hasta que se evacuó la plaza. En el dia está en la hacienda de Santa Inés sirviendo á D. Antonio Zubieta: la patria debe dar sobre él una mirada de aprecio, así lo pido.

Continuó el fuego sin intermision hasta las tres de la tarde, hora en que avisaron á Calleja que el parque se estaba acabando; mandó, pues, que se retirara el ejército; pero hizo la última tentativa, pues dispuso que se abandonara la artillería, separándose á una regular distancia de ella su tropa, á fin de que saliendo de baterías los americanos, los realistas cargasen sobre ellos. Morelos mandó que nadie se moviese, entendiendo el artificio, por lo que ambos campos se mantuvieron como una hora sin ofenderse, hasta que pausadamente recogieron sus cañones los realistas, y fueron á campar al pueblito de Cuauhtlixco, distante como una legua de Cuautla. Calleja se encerró con quinientos hombres en la hacienda de Santa Inés. Galeana que veia á la tropa del rey haciendo remolino, creyó que era esta la mas bella ocasion de atacarla; pero Morelos se lo impidió, y solo permitió reconocer el campo donde se encontraron mas de cuatrocientos cadáveres, treinta y dos artilleros que mandó sepultar en la parroquia, y fuera de los reductos. Halláronse vestigios de sepulturas hechas por el enemigo, y muchos rastros de sangre con que se tiñó aquel campo. Tomóse mucho armamento y otras prendas que no vinieron mal á los americanos. Estos tuvieron dos



muertos, un artillero á quien hizo pedazos la cabeza una bala de cañon en el callejon de S. Diego, y el capitán Salas que murió al tercero dia de las heridas. Los quince á veinte muertos que se recogieron en la villa, fueron de los vecinos inermes, sobre quienes cebó su saña el enemigo ó de los que perecieron en la calle real cuando se agolpó la gente huyendo, en el concepto de ser cierta la voz falsa dada, de que hemos hablado. Hubo además algunas mugeres heridas y muertas por una granada que reventó en la iglesia de S. Diego, de las que conocí una bastante agraciada, muger de un tal Cardoso, á quien tuve de fabricante de pólvora en Zacatlan, y de ánimo tan decidido por la causa de la independencía, que parece se lo habia aumentado aquella desgracia. Al siguiente dia de la accion salió el capitán Larios con su división por el camino de Ozumba á explorar, é interceptó un correo que llevaba el duplicado de Calleja al virey. Leyéronse las contestaciones, y por ellas se vió la considerable pérdida que habia sufrido. Al virey le disminuía el número de muertos que habia tenido; pero al mariscal de artillería D. Judas Tadeo Tornos, le decia que pasaban de cuatrocientos. Pedíale que á la mayor brevedad se le socorriera de parque que necesitaba, pues temia ser atacado, y no tenia con que defenderse. Entonces se discutió entre Morelos y sus oficiales si convendria atacar á Calleja; la disputa fué reñida; el fogoso Galeana estaba por la afirmativa; pero Morelos no quiso, pues temió fuera astucia de Calleja. Este es el mayor sacrificio que puede hacer á la patria, postergando su gloria un general victorioso, á la conservacion de un ejército que era su apoyo.

#### RECIBE VENEGAS LA PRIMERA NOTICIA DE LA

##### DERROTA DE CALLEJA.

Cuando llegó al virrey el primer parte se hallaba de visita en la casa del Apartado, oficina que hasta entonces no habia visto; y como el bien ó el mal siempre sale á la cara, todo el mundo, que pendia de los gestos de Venegas, conoció que estaba su ánimo abatido é infirió la desgracia. Hizo llamar sin demora al comandante de artillería: preguntó sobre el estado del parque, y

como se prometiera tener un acopio inmenso, se llenó de sorpresa cuando entendió que era poco el que existía en los almacenes; entonces votó y juró como el mas renegado carromatero (segun tenia de costumbre y era su language), mandó á D. Martín Michaus, conductor de cargas reales, que acopiase mulas, y que sin demora se llevase á Cuautla todo el que habia. Llevóse al patio de palacio todo el carguío, y fué ciertamente bastante el que vimos estraer dentro de tercero dia. ¡Cuánto hubiera dado Morelos porque tanto hubiese sido el suyo! El hacia la guerra con lo mismo que quitaba á sus enemigos, y esto realzará en todo tiempo su mérito, no de otro modo que lo fué el de Moyses equipado con los despojos de Faráon, aunque por favor estraordinario del cielo que quiso salvar al pueblo hebreo.

Hecha la interceptacion del correo referida, tornó á salir Larios de Cuautla á segunda espedicion, y con el mismo objeto, y de hecho, el dia 22 interceptó otro correo de México, dirigido á Calleja, en cuyo registro se leyó la órden que el Virey habia dado á D. Ciriaco Llanos para que á la mayor brevedad se reuniese al ejército del centro, y que permaneciese á sus órdenes por todo el tiempo en que se iba á poner sitio á Cuautla. Entonces conoció Morelos lo peligroso de su situacion, no por sí, que en un principio se rió de que se sitiase un lugar tan abierto como aquel, sino por Galeana, que escarmentado con el pasado sitio del Veladero, no gustaba de verse metido en caponera. Ofrecióse á salir con su division á situarse en la barranca de Tlayacaque, lugar de preciso tránsito, pero muy ventajoso para impedir la reunion; plan que no desagradó á Morelos, sino en cuanto que se separaba de su lado un gefe de quien tenia tan alta confianza. Pero antes de hablar de esta ocurrencia es preciso referir lo acaecido en Izúcar.

#### ATAQUE DE IZUCAR POR LLANO.

Dijimos ya, que en este punto ventajoso para la insurreccion, habia dejado Morelos al tiempo de su partida para Tasco una corta fuerza, al mando de los capitanes Guerrero, Sanchez y Sandoval; no podia ser indiferente á Llano este lugar de asilo, y ve-



hículo de armas y desertores de Puebla; y así se resolvió á atacar á aquella plaza sin querer escarmentar en la persona de su compañero Soto Maceda. Salió con mas de dos mil hombres de buena tropa, incluso los batallones expedicionarios de Lobera, Asturias y mixto; cuatro cañones de á cuatro, dos de á ocho, y dos obuces. Con este aparato se prentó en Izúcar la mañana del 23 de febrero (1812), ocupó el Calvario, lugar dominante á la poblacion, donde colocó la artillería, y comenzó un vivísimo fuego sobre la villa. No se contentó con esto, sino que en la tarde de ese dia formó dos columnas de los batallones expedicionarios, y cada una con un cañon y un escuadron de caballería al mando de D. José Antonio Andrade, atacó la villa por diversos puntos, incendiando sus barrios. Nada pudo conseguir á merced de estos esfuerzos, ni aun continuando el fuego toda la noche desde el punto del Calvario, á donde se habia retirado al concluir la tarde anterior. Repitió el ataque al siguiente dia con doble ferocidad, pues las dos columnas dichas, las redujo á una sola para darle mayor fuerza á su masa, y hacerla irresistible, sosteniendo el fuego de ella el de artillería situada ventajosamente; todo lo propulsaron los americanos situados únicamente en la plaza donde se parapetaron de la manera que Morelos lo habia hecho tres meses antes, auxiliándolos con sus hondas los indios situados muy felizmente en las azoteas. Llano incendió los barrios de Santiago y el Calvario; repitió el fuego con la misma actividad que la noche anterior; sus guerrillas hicieron cuanto daño les sugirió su malignidad; pero no pudieron obtener la menor ventaja sobre ciento y cincuenta americanos del ejército de Morelos, que opusieron la resistencia que jamás presumió le hiciesen; matáronle no poca gente, y cuando se retiró por las órdenes que tuvo de marchar á engrosar la fuerza de Calleja en Cuautla, fué perseguido por los sitiados, pues saliéndole por diferentes puntos, y atacándole á retaguardia, picándose la sin intermision por largo trecho, le quitaron un cañon muy hermoso de á ocho, el mismo con que fué atacado en 25 de noviembre de aquel año el fortin de la Soledad de Oaxaca, y por cuya ocupacion se facilitó la entrada del ejército de Morelos en la ciudad. El Sr.

Morelos dió la comision que pretendia Galeana á D. Manuel de Ordiera, fiándose en los conocimientos prácticos que tenia de la barranca de Tlayacaque, lugar ventajosísimo para batir á Llano; pero de nada le sirvió esta ciencia contra la perfidia de un cura que dió parte á Calleja de lo que iba á ejecutarse en aquel punto, el cual destacó al capitan D. Anastasio Bustamante con una gruesa partida, y este desalojó de aquella localidad á Ordiera con sus trescientos americanos, los que tuvieron á dicha salvarse dentro de la misma barranca; por tanto, Llano encontró el paso franco, y entró en el campo de Calleja el domingo 1.º de marzo á las dos de la tarde sin mayor novedad. Llano á su tránsito por *Teepazinco* encontró á sus vecinos enfiestados con la rica feria de comercio que allí se celebra anualmente, y aun todos estaban pacíficos sin meterse en nada, y no debian ser tratados hostilmente; su inmoral tropa se echó sobre el mercado, lo robó y cometió mil excesos. Esto entraba en el plan de la *pacificacion española*. *Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant...* Así es que sus soldados cuando entraron en México el 16 de mayo siguiente se dieron en espectáculo; ya por las onzas que gastaban; ya por la brutalidad con que á guisa de bestias ferocísimas se comian las coles crudas y los navos, como si fuesen buitres, cosa no vista aquí. He oido de la boca de D. Vicente Guerrero, una anécdota que creo digna de la historia, y la refiero librando su certeza en la veracidad y sencillez de este sugeto. „Después de mas de dos dias de continuo trabajo y fatiga en resistir á Llano, (son sus palabras) me acosté en mi catre en mi posada: rodeábanme muchas personas, principalmente mugeres, que no se creian seguras de los fuegos enemigos si no á mi lado, cuando he aquí que una granada se desprende sobre el techo de mi habitacion, troncha unas vigas, y rodando se mete precipitadamente bajo mi catre; yo oia el chillar de la espoleta, y creia verme en un momento en la eternidad hecho mil pedazos: efectivamente, la granada revienta, con sus tiestos lastima á algunas pobres mugeres, pero yo no sufro la menor lesion. Cuando me acuerdo de esto me confirmo en el concepto de que nuestros dias los tiene Dios contados, y nadie excederá un momento de los que nos

TOM. II.—7.



ha marcado la Providencia. Mi existencia es prodigiosa; mi cuerpo está lleno de cicatrices de profundas y mortales heridas: no sé ciertamente como vivo." Tal fué el razonamiento de este caudillo hecho á presencia de varios sugetos. Cuando no lo hubiera yo oído de su boca, sé los graves riesgos en que se ha visto, y que su existencia actual es un fenómeno prodigioso. Izúcar debió entonces su libertad á su valor, y al de sus dignos compañeros Sanchez y Sandoval: ambos son dignos de la gratitud americana, y de la pluma de la historia.

El 4 de marzo, víspera de que Calleja comenzase á formalizar el sitio, salió de la plaza el capitán D. Marcelo Gonzalez con una partida de treinta hombres á escaramuzar á Llano, que comenzaba á fortificarse en Zacatepec; empeñada la acción salió Galeana con dos compañías, y D. Felipe Gonzalez con otra de la escolta de Morelos, y ambos hicieron algunos muertos al enemigo. Gonzalez se espuso mucho, salió herido en la cabeza, y murió dentro de tercero día: asimismo tuvimos tres soldados muertos. La fuerza de Calleja cargó en la mayor parte, por lo que los americanos se replegaron á la plaza. El 10 de marzo se presentaron los enemigos en sus parapetos, y comenzó el fuego de bombas, granadas, bala raza de artillería y fusilería: rompió Llano, y se generalizó por todo el campo. Débese notar, que cuando entendió Morelos que iba á ser sitiado, procuró surtirse de toda clase de víveres; pero la premura del tiempo apenas le permitió los muy precisos para la tropa de la plaza. Es menester confesar que en esto se condujo con negligencia, debida á que tuvo por locura de Calleja emprender el sitio; á no estar en este errado concepto, sus providencias de precaucion habrían sido mas acertadas. Admiróse él mismo del afán con que hacian los soldados los aprestos; parecian hormigas acarreadoras: así es que muy en breve se fortificaron en *Amelcingo, Zacatepec, Cuahuixtla y Buenavista*; colocaron las baterías á menos de tiro de fusil; solo el campo de Calleja se puso á distancia de un cuarto de legua; este caballero jamas la echó de guapo, sino de astuto y mañero, y dió mucho tono á su importante persona. Todas las obras las concluyeron en un día y una noche. A las siete de la mañana se

rompió el fuego por elevacion con una bomba dirigida á la casa de Morelos, que no cayó, como ninguna de las muchas que le dirigieron durante el sitio. Grande fué la impresion que causaron las primeras que se arrojaron á la plaza; sus vecinos procuraban ver donde se guarecian, y apenas se veian despavoridas á algunas gentes en las calles; mas á las 24 horas que ya la experiencia les habia enseñado el poco daño que causaban, y lo fácil que era el eludirlas tendiéndose en tierra, todos se burlaban de ellas, repicaban á vuelta de esquila á cada una que arrojaban, y chuleaban á los que las dirigian. Distingúanse principalmente los muchachos, con quienes se divertia el general Morelos desde su corredor, dándoles dinero por las que le presentaban; conducta que le produjo mucha utilidad, pues como pagaba á peso cada bomba, granadas á cuatro reales, bala de fusil á medio la docena, esto los empeñaba en buscarlas, y los americanos se aprovechaban de la pólvora; por tal industria sostuvieron la guerra con el mismo parque enemigo.

Para hacer que este quitase el mortero situado en Zacatepec y no acertara alguna bomba á la casa de Morelos colocada en frente, mandó este que Ordiera subiese á la bóveda de Sto. Domingo un cañon de á tres para que el enemigo mudase la batería, no se logró quitar esta; pero sí que mudaran el mortero á la batería de *Cuahuixtla*, punto que aunque dominaba la calle real no podia dañar la casa de Morelos. Para evitar el perjuicio que podian hacer los fuegos de Zacatepec por lo ventajoso de aquel sitio que dominaba á la plaza, dispuso poner un baluarte en frente dirigiéndolo en persona, y se le llamó, S. Fernando. Conteniáse con él en gran parte al enemigo, y ya no molestaba como al principio. Las demas baterías hacian un fuego infernal dia y noche, aumentándolo ó minorándolo, segun la provision de parque que tenian, pues si era mucho, tiraban cada cuarto de hora una bomba, tres ó cuatro granadas, doce ó quince balas de cañon, mas el fuego de fusil no cesaba.

De esta suerte continuó el sitio, y presintiendo sus resultas Morelos, mandó á Larios que saliese con su division á combinar con Bravo las medidas de socorro que debian tomarse



para alivio de la plaza. Supo Larios que venia un convoy de víveres y municiones para Calleja, púsose de acuerdo con Bravo para sorprenderlo en el punto llamado de los *Cedritos*, á cuyo efecto ambos gefes emboscaron su gente; pero esta no guardó el silencio conveniente para estas empresas: así es que Armijo, conductor de dicho convoy, no solo impidió el que lo tomasen, sino que cargando reciamente sobre los americanos, los derrotó completamente, y á los que tomó prisioneros los hizo fusilar con la mayor inhumanidad, porque este oficial formado en la escuela de Calleja, siempre hizo á la nación una guerra á muerte. Esta accion se refiere circunstanciadamente en la gaceta número 206 del 2 de abril de 1812. Calleja que da el parte, dice: „que despachó á Armijo con su escuadron de lanceros, al que se le reunieron ciento diez de Yermo, al mando de D. José Acha, veintiocho de Cuernavaca y treinta y tres dragones, al mando de D. Martin de Andrade. Que ademas D. Pedro Meneso reforzó á Armijo con noventa hombres. Que en el punto del Mal Pais, en un lugar donde se estrechan los cerros se le presentaron como dos mil hombres, y lanzándose sobre ellos, mató mas de cuatrocientos, y entre ellos á Larios: hizo sesenta y siete prisioneros, les tomó un cañon y doscientos y cincuenta fusiles. Que concluida la accion se presentó á auxiliarlo el batallon de Asturias con doscientos veinte caballos y dos cañones.” En todo esto hay mucho de mentira y ponderacion, pues Larios no murió; mas el resultado fué que los americanos fueron derrotados y frustrada su empresa por defecto de disciplina.

Mientras ocurría esta desgracia fuera de la plaza de Cuautla, dentro de ella se aumentaban sus desdichas, pues Calleja se valia de cuantos medios hostiles estaban en su mano. Viendo que sus bombas ya no hacian impresion sino que eran motivo de rechifla y burlas que escuchaba indignado, dispuso cortar la agua que entraba á la villa, dándola corriente por diferente rumbo. Morelos no se penetró luego de los daños que le causaria esta medida, pues creyó que la de los pozos bastaría para abastecer la poblacion y á sus tropas, mas prontamente conoció su error; mandó á Galeana desalojase al enemigo del surgidero de agua, y lo con-

siguió; pero tornó Calleja á cortarla, y así es que hubo de salir Galeana segunda vez con D. Victor Bravo y el coronel Tápia con un destacamento de tropa, y empeñada la accion, este último oficial fué herido de bala de fusil y á pocas horas murió. Esta desgracia obligó á Galeana á que propusiese á Morelos que se plantase un fortin en el punto preciso á mantener la agua corriente, pues le era muy sensible empeñar acciones en que muriesen los oficiales mas benéritos para quedarse despues en la misma necesidad. Ofrecióse á ejecutar por sí mismo la empresa, y el general se la encomendó gustoso.

Dió, pues, principio á ella acopiando los materiales precisos. El 25 de marzo salió con setenta soldados y cada uno de estos con un costal de arena, un cajon de parque, y porcion de indios zapadores con madera: formó un medio círculo con los costales, y agazapada toda la gente comenzó su camino cubierto, procurando llevar la tropa tan unida y protegida con los sacos que no pudiera perjudicarla el fuego que vorazmente se le arrojaba. De esta suerte trabajó desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde en que el capitán D. Mariano Ramirez entró á avisar á Morelos que Galeana se hallaba ya dueño del ojo de agua, y formada la batería para su defensa. Riéronse muchos, y admiráronse mucho mas cuando supieron que tan atrevida operacion solo le habia costado la pérdida de un saco despanzurrado con una bala de cañon que le alcanzó de las muchas que lo dispararon desde el Calvario. Coronóse este fortin con tres cañones; dotáronle con sesenta soldados que los custodiasen, y se confió aquel punto al coronel D. Estevan Perez.

En la noche inmediata hizo Calleja una tentativa para volver á quitar aquel punto, atacándolo con mas de quinientos hombres, pero con tanto atrevimiento que sus soldados llegaron á tocar con las manos el atrincheramiento. Habíase situado Galeana á retaguardia de él, y acudió á su socorro: comenzó la accion á las once de la noche, y duró dos horas lo mas recio de ella, generalizándose por todos los campos: el brio de los enemigos fué del tamaño de la resistencia que encontraron; retiráronse, por fin, harto escarmentados, dejando diez y ocho cadáveres que no pudieron